

LA EUCARISTÍA OBRA DEL AMOR

DE LA SABIDURÍA Y DEL PODER DIVINO

*Miserationes ejus super omnia opera
ejus.*
Sus misericordias son sobre todas sus
obras.

(SALMO 144, v. 9).

El mundo, hermanos míos, es un libro inmenso, en cuyas páginas se encuentra á cada paso escrito el nombre de los divinos atributos: poder, sabiduría, amor; amor, sabiduría, poder. En el orden natural, á medida que los seres crecen en dignidad y belleza, nos revelan más clara y distintamente esas perfecciones. Un grano de arena no nos habla tan altamente de Dios como la planta, que ejerce ya funciones nutritivas; la planta no nos habla tan altamente de Dios como el ave que revolotea en torno de ella y da al aura cadenciosos trinos á la sombra del follaje; el ave no nos habla tan altamente de Dios como el hombre cuya sublime faz mira al cielo, y cuya inteligencia se pasea por las levantadas serenas regiones de las eternas verdades. En el orden sobrenatural, y de especialísima manera en el misterio que estudiamos, sucede al revés; la escala de las revelaciones parece como invertida, y por un singular contraste, cuanto una cosa es á los ojos de nuestra carne y de nuestra razón más humilde, vulgar y aun repugnante, en mayor grado acusa y nos revela los divinos atributos. Concretémoslos á nuestro caso.

La Eucaristía, escándalo del incrédulo, que no acierta á descubrir en ella sino humillación, extravagancia é impotencia, es por antonomasia la obra del amor, de la sabiduría y del poder divino: ya que en este sacramento el amor fija el objeto á que se ha de tender; la sabiduría determina los caminos y medios más aptos para conseguirlo; y el poder los pone en práctica, y superando todas las dificultades, da al amor la posesión de su fin. El desarrollo de tan sublimes y consoladores pensamientos va á ocupar vuestra atención en

estos momentos. Mas antes imploremos humildemente la gracia. *Ave María.*

El amor, ved ahí, hermanos míos, el gran *criterium* de las obras divinas. El amor hace que Dios se dé á la criatura cuanto ésta es capaz de recibirle; el amor excita y despierta en nuestra naturaleza, deleznable y frágil, esas magníficas aspiraciones, esos ensueños de grandor, esa divina nostalgia de abrazarse con su principio, de verle, de tocarle, de oírle, de gozar de su presencia; y él no excita esas aspiraciones, esos ensueños, esos anhelos sino para realizarlos. Sabemos que el hombre en la investigación de su felicidad ha errado de una manera lastimosa, cayendo en extravagancias, en absurdos, y hasta en inmoralidades á las veces; todo dependía de no buscar ni hallar á Dios donde Él se manifestaba, y no seguir humilde y pacientemente el progreso de sus comunicaciones.

Porque Dios se comunicaba, hermanos míos, no sólo por los signos admirables que nos hablan de Él sobre la tierra y en los cielos; por medio de esas armonías de seres, de movimientos y de vida, que día y noche pregonan su gloria y bendicen su nombre; sino que también por medio de solemnes manifestaciones, ó de visitas íntimas y confidentiales, que le estrechaban más y más de día en día con el hombre, su criatura privilegiada. Oíase el ruido de sus pasos, blando como el soplo del céfiro, en el delicioso jardín llamado á ser la cuna de una raza inocente y bendecida; y nuestro primer padre conversaba con Él mano á mano. Ofendido por la ingratitud y la prevaricación de aquellos á quienes había colmado de beneficios, no se retiró á las alturas del cielo, dejándonos abandonados á las tristezas del aislamiento, á las consecuencias de una indeleble maldición y á la corrupción de nuestra caída naturaleza; sino que de tiempo en tiempo descendía á nosotros, aunque algunas veces como vengador revestido de justicia, para traernos á buen camino. Veía en efecto á toda carne dominada por la lascivia; oía los gritos orgullosos de los de Babel, los impúdicos cantos de Sodoma y Gomorra, las blasfemias del egipcio y asirio, que amenazaban exterminar á su pueblo; veía á este pueblo infiel que le olvidaba por Baal y sus ídolos, y entonces exclamaba: *Descendamus*, descendamos. Y descendía armado de ultrazozote, y descargábalo severo sobre la culpable y rebelde humanidad hasta tanto que exterminaba á los prevaricadores, aunque á veces sus gritos de arrepentimiento y perdón le desarmaban. En estas visitas portábase como dueño y señor. La generalidad de las veces, empero, acordábase que era padre y amigo, y su amor le traía á nosotros

para amonestarnos, consolarnos y hacernos espléndidas promesas.

Tal sucedió á Abraham, cuando señalándole las estrellas del cielo, le prometió que su descendencia las excedería en número. Bajo la forma de rendido caminante, preséntase en una ocasión á este su viejo amigo, que se encontraba entonces tranquilamente sentado á la entrada de su tienda; Abraham le acoge con humanidad, lávale los polvorosos pies, parte con él su patriarcal mesa, y á cambio y en premio de su hospitalidad, recibe una magnífica profecía. El interrumpe el sueño de Jacob, para probar las fuerzas de éste. Multiplica las apariciones para instruir, solazar y alentar á Moisés, legislador de su pueblo. Convoca los jueces, inspira á David, habla á Salomón. Él es quien en nube misteriosa dignase bajar al propiciatorio, y hacer oír su voz por entre las alas de los dos gloriosos querubines. El se revela á los profetas bajo formas, ora luminosas y radiantes, ora terribles y grandiosas, y les mueve á bosquejar en inspirados oráculos, sucesos del porvenir. Visitas todas estas de amigo, pero de amigo que no ha entregado aún totalmente el corazón, y dejaban el ánimo sobrecogido y tembloroso. De ahí el ¡ay! popular por el temor arrancado en estas revelaciones, y transmitido de generación en generación: «Hemos oído, hemos visto á Dios; ¡ay moriremos!

Mas, en breve, la era del temor pasa; y Dios nos prepara ya una aparición ante la cual resultarán pálidas é incoloras las antiguas; como que en ella se propone Dios echar el resto, permitaseme la frase, de su ilimitado y tiernísimo amor hacia los hombres. No busquéis ya figuras terribles, ni llamas, ni carros de fuego, ni huracanes, ni nada de cuanto intimide á almas generosas y esforzadas, y espeluzne á los santos. ¿Qué, buscaremos, pues? Escuchad... Una voz déjase oír en el medio de los tiempos: He aquí, que yo mismo vengo: *Ecce venio*.—¿Sois vos, Señor? ¿Vos, el esperado de los patriarcas, el deseado de los justos, el anunciado al mundo por los profetas? ¡Sí, hermanos míos, el mismo! Humanidad, virgen necia, mira; tu esposo llega; no viene ya como dueño; viene, sí, más bien que como amigo, como regio esposo de las almas... Ahí tienes, pues, el esposo; corre, sal á su encuentro. *Exite obviam ei*.—¿Y cuáles son sus señas? ¿En qué le reconoceré? ¿En las flores que ciñen su frente? ¿En la púrpura de su ropaje? ¿En el oro y piedras preciosas que le adornen? ¿En el aire festivo, que colorea el rostro del esposo cuando va á visitar á su amadísima esposa?—No, en nada de eso; con esas señas no darías con Él. Reconocerás á tu esposo en su abatimiento, en su pobreza extrema, en sus enfermedades, en sus lágrimas, en su frente ensangrentada y coronada de espinas, en la cruz que carga sobre sus desfallecidos

hombros, en la angustia y quebranto de su corazón, grande como el mar. Estas son sus señas; ese es tu esposo. *¡Ecce sponus!*

A este esposo, hermanos míos, no le desconocéis; es Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, igual con el Padre, y grande sobre toda la grandeza criada. «El se anonadó, en sentida frase del Apóstol, hasta tomar forma de siervo.» *Et inaniuit semetipsum formam servi accipiens*. Y durante treinta y tres años alegró con su presencia el corazón de aquellos que tuvieron la dicha de gozar de su intimidad y afable trato. ¡Con qué terneza los miraba! ¡Con qué amor departía con ellos! ¡Como les permitía que le tomasen las manos y le besasen los pies! Y qué palabras más dulces y regaladas les dirigía: «Amigos míos, amados míos, hijitos míos; *Amici, dilecti, filii*; yo quiero hacer con vosotros lo que ha hecho conmigo mi Padre.» Y vivía en compañía de ellos; y á pesar de distinguir á la humanidad con su grata y dulcísima compañía, su amor no se consideraba satisfecho. Y entregó á la divina justicia la carne de los pecadores, de que estaba revestido, y sufrió en ella todos los trabajos y azotes que nosotros merecíamos, y murió sobre una cruz para librarnos de eternal muerte.

¿Cesarán con esto las esperanzas de nuevos favores? ¿El tiempo de la visitación del Hijo de Dios y de sus generosos sacrificios se cerraría definitivamente con el doble triunfo de la Resurrección y Ascensión, y no viviría más que en la memoria de los cristianos, resignados á no comunicar en adelante con la persona y los méritos de Cristo, más que por medio de la fe? Herético fuera el sostenerlo, hermanos míos. Únicamente dentro de la herejía cabe el suponer que la amorosa constancia de las comunicaciones divinas parase en cruel ausencia. Y la herejía al discurrir así se olvida de que el amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende érgicamente á la unión con el amado.

¿Quién ignora, hasta por experiencia propia, que la unión, la unión perpetua, la unión sin las dolorosas intermitencias que á los corazones apenan, es una de las exigencias del amor? Hasta los afectos más acendrados, puros y santos y por Dios benditos, aborrecen naturalmente la separación. Jamás deseara uno verse privado, antes bien quisiera gozar sin interrupción de la presencia de sus amigos y que sonase sin cesar en nuestros oídos su voz siempre grata. Y cuando imperiosas necesidades reclaman la ausencia, en la imposibilidad, al despedirse, de permanecer en persona entre ellos, déjaseles algún recuerdo, una prenda de ordinario uso, una flor, un retrato, una señal, una de esas nonadas tan insignificantes como encantadoras, que nos despiertan y avivan continuamente memoria del ausente. Y

á esas pequeñas reliquias consérvaselas con singular cuidado, tócaselas con respeto, miraselas con amor, depositanse en ellas tiernos ósculos, y diríase que con ellas se siente uno menos alejado de la persona amada. A veces, el corazón divirtiéndose en dulces esplamamientos, fantasea atravesar largas distancias y vagar por los lugares que al objeto de sus amores encierran. ¡Ah si fuera dable y posible partir allá, sin ausentarse no obstante! ¡Si se pudiera multiplicar indefinidamente los testimonios de afecto más intenso con una no interrumpida presencia! Más todavía: ¡si se pudiera uno como encarnarse en los que ama, vivir en ellos y hacer que ellos viviesen con nuestra propia vida! ¡Ay! ¡que todo esto no pasa de ensueños é irrealizables caprichos!...

Empero, lo que al hombre se le niega, ¿faltará á Dios virtud para realizarlo? No, hermanos míos, y á mayor abundamiento lo desea. Lo desea más apasionada y ardentemente que ansiamos nosotros la unión de corazones y de almas. Sus deseos son órdenes eficacísimas, y no hay miedo de que salgan fallidas. Los antiguos dijeron que el amor volvía á los hombres locos: *Amor facit insanire*. Triste verdad, que más de uno de vosotros habrá en sí mismo comprobado. No tropieza en este escollo el amor divino, guiado, como va, por la eterna Sabiduría: «Fiel compañera de mi gloria, la dice El, casta ejecutora de mis deseos, amada Sabiduría, ilumíname con tus consejos.» Y la Sabiduría, dócil y obsecuente, le responde al momento: «Amor, mi dulce y santo amigo, lo que tú quieres es digno de nosotros dos. No quiebres la cadena de tus dones, ni interrumpas con inexplicable intermitencia la armoniosa serie ascendente de tus finezas. Las comunicaciones divinas comenzaron, coronémoslas entrambos.» Cruel sobre modo sería haber alimentado por espacio de cuarenta siglos las nobles aspiraciones de la humanidad para condenarla ahora á sentir más vivamente el vacío de una ausencia sempiterna. Las apariciones de los antiguos tiempos vino á coronarlas la Encarnación del Verbo; ya, pues, que El no ha tenido á mal habitar entre los hombres, que continúe viviendo en la tierra, sin que el cielo que lo reclama se vea privado de su presencia. ¡Cuánto no ganará en cantidad y nobleza la religión de la humanidad regenerada, si ésta puede estar segura de que Dios mora en medio de los hombres, y puede así acercarse hasta El para rendirle sus homenajes! Y dado que no hay religión sin sacrificio que perdure la inmolación del Calvario, con lo cual el hombre tendrá á mano los merecimientos del Hijo de Dios crucificado, para ofrecérselos cotidianamente al Padre Eterno; y pues todo sacrificio se consuma con el banquete de la víctima, dese en co-

mida el Hijo de Dios. Así crearemos entre el cielo y la tierra una religiosa, sublime armonía. El mismo Dios, que con su augusta majestad llena los cielos, residirá corporalmente en los templos cristianos; el Cordero, ante quien se postran los coros celestiales, estará siempre sobre los altares, en torno de los cuales humea el sacro incienso de los humanos; el pan de los ángeles lo será también de los hombres; Dios, que comunica en la gloria su esencia, comunicará en la tierra la naturaleza con que se desposó; el infame misterio de la Encarnación, que no hizo más que unir el Verbo con la humana naturaleza, se verá como acrecido, perfeccionado y completado por la íntima unión de la carne divina con todas las almas cristianas, y todos podrán exclamar con el Apóstol: «Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí»; y con la posesión de ese soberano bien que embriaga á los bienaventurados, se les harán más llevaderas á los pobres mortales las miserias de su destierro, y esperarán con más aliento la gloria é inacabable deleite de la patria celestial.

Amor, amor, ¿no son éstos tus deseos? ¿No son éstas tus órdenes? Bien; yo, Sabiduría eterna, apruebo tus deseos y suscribo gustosa tus órdenes; pero ahora escucha mis consejos:

Si nuestro amadísimo Jesús ha de permanecer en la tierra, que sea sin el radioso vestido de gloria con que se adornó en la Resurrección; ¿quién osará llegarse á El viéndole en ropaje tan deslumbrador? Nunca falta al hombre alguna miseria que deplorar, y siempre adolece, cuando menos, de imperfecciones que le incapacitarían para arrostrar sereno la presencia de Cristo glorioso. Y si á El se acercaba, haríalo temblando y sin atreverse á comunicarle sus necesidades, trabajos, y aun su amor.

¿Qué sacerdote osaría tomar en sus manos, aunque consagradas, el cuerpo radiante del Salvador para ofrecérselo al Eterno Padre? ¿Y qué fiel por su parte osaría decirle: «Entrad en mi interior»? No; nada de gloria; desnúdese Cristo y oculte sus incomparables esplendores que eclipsan el brillar del sol y de los astros todos. ¡Cuánto El parezca menos glorioso, más se conquistará el cariño de sus tímidos hijos! Abájese por ende hasta velar su humanidad, ya que las divinas comunicaciones van en aumento, y á par de ellas agrándese la fe. En los días de la Encarnación, únicamente la divinidad estaba escondida; y con todo, mereció bien de Jesús aquella confesión de «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo»; doble mérito entrañará ahora esa misma confesión, cuando, velada también la humanidad, no se vea ésta por otro medio que por la fe.

Cristo, pues, estará presente en el sacramento, pero oculto bajo

un velo; y aun á trueque de apurar nuevos ultrajes, ha de permanecer en él de continuo y darse sin restricción á todos. Cuando vayan sus amigos, tocados de veneración y pios deseos á prosternarse ante el signo que su majestad encubre, que lo encuentren allí. Cuando vayan almas mercenarias á demandarle favores á cambio de sus interesados servicios y su logrado amor, que lo encuentren allí. Cuando almas tornadizas y volubles vayan á decirle, de tiempo en tiempo, que se acuerdan de él, y á cuestar prodigalidades y finezas, de que no harán el debido uso, que lo encuentren allí. Cuando sus enemigos vayan á violentarlo y hospedarlo á viva fuerza en sus pechos sacrilegos, que lo encuentren allí. Incesante, incesantemente viva en el Sacramento, que si El estipula el retirarse, cuando osen los indignos recibirlo, ese convenio será cruelísimo torcedor de las conciencias delicadas, y colmará de angustias el corazón de los santos. No, pues se abusaría de la humildad de éstos desalentándolos en su timidez. Si conocieran como posible esa mutación bajo el misterioso velo que á Dios encubre, ¿no andarían preocupados con mil dudas, acerca de su ausencia, en vez de gozar tranquilos de su presencia? Con la mira, pues, de alejar del todo preocupaciones, angustias y torturas tales; que Jesús deponiendo su gloria se someta á vivir de un modo estable y permanente en la Eucaristía.

¿Y cuál será la substancia llamada á contribuir por su dicha á ese soberano prolongamiento de la Encarnación, ocultando entre sus pliegues á Cristo humillado, para engrandecimiento y glorificación del hombre? Dos hay que produce en abundancia la tierra, las cuales recoge y guarda el hombre con especial cuidado y de que principalmente se sirve: el pan y el vino. Bajas substancias, cierto, pero á la manera que Cristo, desdendiendo los vanos atavíos de la elocuencia humana, contentábase con que sus verdades se revistan con la humilde túnica de la palabra evangélica; por igual razón esas humildes substancias no le displacerán, ni habrá miedo que desluzcan ó desdoren su persona. El pan y el vino, además, como andan en manos de todos, facilitarán al rey de los pobres el honrar con su presencia los lugares y personas más pobres. El pan y el vino, ofrecidos ya por Melquisedec, y figurando entre los sacrificios simbólicos de la antigüedad, evitarán á los observadores de la nueva ley presenciar el espectáculo siempre repugnante de la sangre derramada. Y, por último, el pan y el vino, alimento y bebida del hombre, su robustez y gozo, no pueden menos de hacerle comprender, al verlos tan portentosamente convertidos en su propia carne y sangre, cuán apretada es la unión á que Jesús aspira, y cómo una carne divina pasa á ser su alimento en la vida de la gracia.

Y después, ¡cuán simbólicas no son ambas substancias! El pan, en su origen, no es más que una insignificante semilla que se confía á la tierra. Allí tras largos meses germina, y al aparecer en la superficie, se ve expuesta á todas las inclemencias. Triunfante de los peligros que la amenazaban, corona su rica espiga, su esbelto y flexible tallo. En la espiga recíbase el fruto de un misterioso himeneo, ó séase el grano, en un alvéolo fino y transparente. Crece así el grano hasta su completa madurez, y entonces se efectúa la siega; recógetese de seguida en gavillas, se trilla, se aventá, y podéis admirarle ya en toda su belleza. Después, se le muele, se le reduce á harina, se le amasa, se le cuece en el horno, y tenéis el pan. La historia del trigo es la de Jesucristo. Sembrado en Adán, germinó tras largo espacio en los patriarcas y en los reyes. Las tempestades que agitaron tan hondamente la vida del pueblo judío, no lograron ahogarle; y cuando llegó el tiempo providencial de su nacimiento, fué recibido en el casto seno de una Virgen por el Espíritu Santo fecundada. Treinta años de una vida retirada y obscura impidieron á todas las miradas reparar en su crecimiento y eflorescencia, hasta que las maravillas obradas por El en su vida pública dieron á conocer toda su valía. Entonces vino la tribulación, cargó sobre El, y molido, amasado en la Pasión y caldeado con el horno de su caridad encendidísima, ¡resultó el pan vivificante!

Y el vino, ese generoso licor, que corre espumante bajo los pies de los viñadores, ó bajo la ingente prensa, ¿no simboliza los purpurinos raudales exprimidos de la carne del Salvador bajo la presión enérgica de la divina justicia? El pan y el vino, compuestos de infinitos granos fundidos en una sola masa y en un solo licor, ¿no representan la gran asamblea de los cristianos, los cuales á causa de su unión con Jesús, forman un solo cuerpo místico?

¡Amor, amor! ¡Ahí tienes el pan y el vino! ¿Consientes en que el Hijo de Dios bajo de ellos se anonade eclipsando su gloria y su poder?

Así habla la divina Sabiduría, hermanos míos, y el amor condesciende á todo. Nada me importaría, dice, cuantas humillaciones, desprecios y ultrajes me sobrevinieren; y á trueque de evidenciar á los hombres hasta qué grado llega mi caridad, en la noche misma de las más execrandas traiciones y del más horrible entre los crímenes, daré yo al mundo á nuestro amantísimo Jesús. Y á fin de perpetuar este rasgo de mi generosidad y de mi ternura, los sacerdotes, al renovar cotidianamente este beneficio incomparable, dirán ante todo: *In qua nocte tradebatur*. Ea, pues, Sabiduría, mi divina hermana, hora es ya de realizar la obra; llamemos al poder en nuestra ayuda.

Y el poder responde: «Heme aquí; *Ecce venio*». Toma incontinenti las substancias destinadas de antemano, las domina, las compenetra, las transforma, las separa y multiplica; salva las trabas que le oponen las leyes naturales, las supera y las contraria. Obra fuera, sobre y contra la naturaleza, y lleva á cabo los suspendentes milagros del acto sacramental y de las manifestaciones sacramentales, superiores, según la atrevida frase del Angélico, al prodigio de la creación.

¿Veis ya cómo en esas, al parecer, insignificantes cosas, tan despreciadas por los incrédulos, se lee mejor que en las armonías del cielo y de la tierra, mejor que en la sublimidad y augusto continente de la naturaleza humana, mejor que en otro cualquiera de los misterios sobrenaturales en que adunan la divinidad y la humanidad, estos tres levantados nombres: Amor infinito, sabiduría infinita, poder infinito?

Fuerce enhorabuena á su placer la herejía el sentido de las palabras de mi Dios; multiplique indefinidamente la orgullosa razón sutiles y especiales objeciones; tenga en poco y mófese la impiedad de los miseros signos de humillación é impotencia en este augusto Sacramento: nada hará claudicar mi fe, porque yo creo y confío y descanso en la caridad que Dios me tiene, manifestada en la sagrada Eucaristía, que si es la obra por excelencia de su poder y sabiduría, lo es también de su amor. *Amén*.

LA EUCARISTÍA ALIMENTO DE NUESTRAS ALMAS

Ó SEA LA COMUNIÓN

ACTO VITAL POR EXCELENCIA DEL CRISTIANO

*Amen dico vobis, nisi manducaveritis
carnem filii hominis et biberitis ejus san-
guinem, non habebitis vitam in vobis.*

En verdad os digo, que si no comierdes
la carne del Hijo del hombre y no be-
bierdes su sangre, no tendréis vida en
vuestros.

(S. JUAN, 6, 54.)

Nuestra vida espiritual, hermanos míos, obedece en sus evoluciones, según hermosísima doctrina del Angélico, á leyes del todo parecidas á las que presiden al desarrollo de nuestra vida corporal, imagen de las maravillas que obra el Altísimo en nuestras almas regeneradas.

Por la generación recibimos la vida del cuerpo, y una vez que existimos, la naturaleza se encarga, mediante generosos esfuerzos, de perfeccionarnos y regenerarnos. Mas después de perfeccionados y regenerados, nos es preciso buscar fuera de nosotros medios que nos conserven en este estado, es decir, necesitamos de alimentos, que restauren incesantemente en nosotros la vida, á proporción que ésta se gasta y debilita.

Análogo es el procedimiento en la vida del espíritu. Engendrados por el Bautismo, recibimos en la Confirmación nuestro primer complemento, y entonces es cuando tenemos necesidad de un alimento reparador y conservador. Este alimento nos lo ha dejado nuestro dulcísimo Salvador en un sacramento admirable, que llamarse puede la obra maestra, el resumen de todas las finezas de Jesús. Escuchad, sino, al mismo Salvador: sus palabras no pueden ser más terminantes. Yo soy, dice, *el pan de vida, el pan descendido del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... y el pan que yo daré para*

la vida del mundo es mi propia carne. En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo. Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. Al modo que el Padre que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me comiere vivirá por mí.

Con el objeto, pues, de que comprendáis toda la grandeza y sublimidad de este sacramento inefable, consideremos á la Eucaristía como alimento, ó sea á la Comunión como acto vital por excelencia del cristiano. *Ave María.*

Recordemos, ante todo, hermanos míos, las enseñanzas del Angélico sobre el cargo y funciones de la Eucaristía en el desarrollo de nuestra vida sobrenatural. Ella no engendra esa vida, ni le da mediante especiales gracias y divinos dones el vigoroso impulso que la robustece y viriliza; pero ella la repara, la sostiene, la conserva, la acrece como verdadero alimento. De forma que la Comunión es para nuestra vida sobrenatural, lo que la nutrición para la vida del cuerpo.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué efectos tiene la nutrición? Varios, á saber: reparar al ser viviente, sostenerlo, conservarlo, acrecerlo mediante la asimilación de las substancias de que se alimenta; á lo cual debe añadirse que esta asimilación está en razón directa de la constitución y temperamento del ser viviente.

De intento he dicho el ser viviente, porque los seres inanimados nada se asimilan. Advuértense en ellos, si, yuxtaposiciones de átomos y moléculas, pero no esas portentosas transformaciones que acusan el funcionar de un organismo. ¡Qué infinidad de seres en la naturaleza, así inertes como animados! La creación es un inmenso banquete donde se encuentran perpetuamente millares de convidados. «Comed, bebed, confortaos, saciaos, queridos míos,» les dice la Providencia; y de la mañana á la noche se reparten entre sí los copiosos dones con que dadivosa ella los colma. La planta busca en la tierra y hasta en las peladas y áridas rocas los jugos que aspira; y en la atmósfera la luz, los gases, el rocío que bebe con avidez. Una vez absorbidos todos estos elementos, conviértelos en savia, y la savia en tallo, ramas, botones, hojas, flores y frutos. El animal, más exigente á medida que es más perfecto, busca para nutrirse otro género de substancias; y como carece de los delicados tejidos y trans-

parentes fibras de las plantas, no va en pos de elementos vitales diseminados, sino que busca por lo general para su nutrición seres vivientes. Más dueño que la planta de los alimentos que recibe, los mastica, los pasa, obra enérgicamente sobre ellos, y los transforma en sangre propia, en carne, en huesos, en la maravillosa corriente de vida que circula sin cesar por ese movable edificio orgánico, en que cada parte se restaura y crece invisible, proporcional y metódicamente para no destruir la armonía del conjunto. La planta y el animal, por tanto, comulgan á su manera con los bienes que la Providencia les ha dispensado; y se observa que su comunión está regulada por las dos siguientes leyes: 1.^a el ser animado se repara, se sostiene, se conserva, acrece por la asimilación de los alimentos; 2.^a la asimilación está en razón directa de la constitución y temperamento del ser viviente.

También el hombre, rey del gran festín de la creación, se halla sometido á estas leyes. Se le aplican, si, en mayor escala, dotado como está de un organismo superior al de cuantos animales le rodean; pero las leyes subsisten. Animal por su cuerpo, el hombre se repara, se conserva, se sostiene, acrece por la asimilación de otros seres de que él se apodera ó se le ofrecen de buen grado. El encuentra su alimento en el seno de su madre, por los feraces campos, en las generosas ramas de los árboles, en las carnes de los animales domésticos ó salvajes sometidos á su regia dominación; y de todas esas substancias forma el bello cuerpo cuya magnífica estructura y prodigiosas funciones no pueden enos que admirarnos, y que, producido por generación, no vive sino á expensas de sus comuniones con la naturaleza material.

Inmaterial é inmortal por su alma, el hombre se repara, se sostiene, se conserva y acrece por la asimilación de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. Cuanto más se nutre de ellos, más grande y fecunda es su inteligencia, más levantados sus pensamientos, más firme y seguro su juicio, más recta su voluntad, más delicada su conciencia; en una palabra, es más hombre.

Pero no vayáis á creer que de esta comunión con los seres susceptibles y eternos recibe el hombre toda la perfección que su naturaleza exige. El hombre, por su constitución sobrenatural principalmente, es un ser divino. ¿No sabéis, hermanos míos, como enseña la Fe, que Dios, al crearlos, nos prefirió por su infinita misericordia un término final, cuya consecución no se alcanza fuera de la divina esencia? ¿que nuestro destino es ver á Dios cara á cara poseyéndole y gozándole por una eternidad? ¿No sabéis que este sublime fin ex-

cede nuestra naturaleza en términos, que no ya conseguirle, mas ni concebirle y poseerle nos es dado? ¿que si estamos llamados á ver á Dios, á desecharle, á ser felices en El y por El, esto no puede llevarse á cabo sino mediante una transformación en nuestra naturaleza, que nos haga participantes de la esencia, de la naturaleza, de la vida de Dios? ¿que á todo trance hemos de recibir en nosotros la vida de Dios para que nos eleve y divinice, y sea como raíz y fuente de todas nuestras operaciones y merecimientos sobrenaturales, por igual modo que la naturaleza es raíz y fuente de todas nuestras operaciones y merecimientos naturales? Finalmente, ¿no recordáis como la vida divina, generosamente inoculada en nuestro primer padre, y perdida por el pecado fué reconquistada á costa de la sangre y muerte de Jesucristo; y como vuelve á ser inoculada en nuestra caída naturaleza por la virtud generadora del bautismo, y fortificada y enriquecida con los dones del Espíritu Santo en la confirmación; y que todo cristiano, lo vuelvo á repetir, todo cristiano es un ser divino?

Y aun esta frase no es bastante expresiva, hermanos míos. Dios mora en nosotros por su gracia; nosotros participamos de su naturaleza divina: *Divine consortes nature*. El es vida de nuestra alma como nuestra alma es vida de nuestra carne: *anima vita est carnis; anima vita Deus*. Ahora bien, respondedme: ¿de qué se alimentará esa vida divina, que en nosotros reside; ese divino viviente que somos nosotros? ¿Qué asimilación se adaptará á nuestra divina constitución, á nuestro temperamento divino? ¡Ah! en vano la naturaleza ofrecería cuanto hay de más exquisito y delicado en las miriadas de seres que se agitan en su seno efervescente; nuestra alma, de mayores miras y más nobles ambiciones que las deidades paganas del Olimpo, no se contentará con néctar y ambrosía, del sentido tan sólo embriagadores. Ni la verdad misma, ni la belleza, ni el bien creados, por santos y elevados que se les suponga dentro del orden natural, podrían añadir lo más mínimo á esa misteriosa entidad, que transforma nuestra alma, la eleva sobre sí misma y la hace vivir á lo divino. Lo divino no puede alimentarse sino de Dios. Tres personas hay sentadas en el eternal banquete de vida divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y todas tres comulgan con una misma esencia, una misma substancia y una misma naturaleza divinas. ¿Con qué comulgarán los llamados con verdad hijos de Dios, y como dioses, por lo mismo que son hijos de Dios, según la bella expresión de San Agustín: *Si filii Dei facti sumus, et dii facti sumus?* Paréceme que esta pregunta trae consigo aparejada la respuesta; á un hijo de Dios debe comulgársele con Dios; su vida divina, alimentación divina pide.

Ese alimento, hermanos míos, no es otro que la Eucaristía; sacramento de Cristo inmolado, recipiente sagrado de su cuerpo, de su sangre, de su alma, de su divinidad; don de un Dios, que en delicada y tierna frase de San Agustín, parece una madre lactando á sus hijuelos. Oid cuál nos describe el águila de Hipona la maravillosa y dulce economía de nuestra divina alimentación.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. He aquí el manjar eterno, el manjar de los ángeles, el manjar de las soberanas virtudes, el manjar de los espíritus celestiales, el manjar con que todos ellos se nutren y mantienen su vida en toda su entereza y vigor. Pero ¿qué hombre mortal podría sufrirlo? ¿Qué corazón terreno podría tolerar tan fuerte alimento, sin ser previamente confortado? Porque en comparación de las viriles naturalezas, que pueblan el cielo, no pasamos nosotros de tiernos infantes. Debía ser, por tanto, convertido en leche tan sólido alimento, si nosotros nos habíamos de alimentar con él. ¿Y cómo el alimento se convierte en leche sino encarnándolo? Una madre da á comer á sus hijitos el mismo pan que ella come; pero como el pan en su nativo ser no está proporcionado al estómago del niño, como lo está al de la madre, por eso ésta lo encarna, lo come, lo digiere, lo transforma y se lo da gota á gota á su caro pequeñuelo en el dulce licor que sus pechos destilan. Por igual modo nos alimenta de la divinidad la eterna sabiduría. «El verbo se hizo carne,» y merced á esta humillación, el hombre puede comer el pan de los ángeles.»

Come de Él primeramente por medio de la fe; es decir, creyendo en el misterio de la encarnación. Pero el amor divino parece no quedar satisfecho con esta recepción, inicial é imperfecta. Quiere que recibamos dentro de nosotros mismos la carne de Cristo real y substancialmente, y por eso habilita á todo el organismo de nuestra vida sobrenatural para que pueda tomar de su mismo origen ó principio el sustento que ha de repararle, conservarle y acrecerle. «Mi carne es verdaderamente manjar, y mi sangre es verdaderamente bebida;» dice el Salvador. «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» «Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él.» «Quien me come vive por mí, como yo vivo por el Padre.»

Fijaos bien en este misterio, hermanos míos. No sólo exigió nuestra débil condición, que se le adaptase el fuerte alimento de los ángeles á su capacidad, suministrándosele bajo la forma de un manjar más accesible, sino que rescatados por los padecimientos y muerte de Jesús y reconquistada por tal inmolación nuestra vida divina, con-

venía que nuestra comunión se hiciese con la inmolada carne de Cristo. Y notad al propio tiempo, cuántas precauciones se han tomado en este misterio para orillar las repugnancias de nuestra carne. No es la carne de Jesucristo lo que se toca, se mastica, se digiere y se apropia inmediatamente, para extraer de ella sus principios vitales; no; todo eso se hace con las especies sacramentales, y el Dios encarnado, que ellas esconden á nuestros sentidos, va derecho al alma, de El sólo ganosa y hambrienta.

¡Oh admirable encuentro de nuestra vida divina con su origen! Suplicícos, con todo, hermanos míos, que veáis en él algo más que un alto honor y materia copiosísima de celestial gozo. Ciertamente que es honra señaladísima para nosotros recibir tan noble huésped, y no le haríamos debidamente los honores de la casa sin convocar á todas nuestras potencias para festejarle y adorarle, cuando, disfrazado con el humilde arreo que vela su majestad, envía sus ángeles á llamar á las puertas de nuestra alma para que le franqueemos la entrada. *Attollite portas.* Abrid las puertas, nos dicen ellos, y entrará el Rey de la gloria. *Et introibit rex gloriæ.* Abrimos las puertas, y nuestra ruín naturaleza truécase, por la comunión, en palacio del Rey de la eterna gloria: ante el pecho del comulgante puede uno caer de rodillas como ante el tabernáculo. Cierto también que es por extremo gozoso participar de las maternales ternezas de María, que tuvo la dicha incomparable de estrechar contra su seno al Hijo de Dios. ¡Qué gozo el abrazarle como ella le abrazaba, y prodigarle en el misterio de su presencia íntima las dulces caricias y apasionados ósculos que inspira el amor! Enorgullecámonos, pues, enhorabuena, con honra tanta; abandonémonos á tan celestial gozo; pero no nos detengamos aquí, vayamos todavía más allá. La comunión es algo más que el culto religioso de un alma reverente y tierna; la comunión es un acto vital. Jesús al dársenos bajo las especies eucarísticas de su cuerpo, no dijo: «Tomad y adorad;» pero sí «Tomad y comed.» *Accipite et comedite.* Cuando Jesús, por tanto, se digne venir á nuestras almas, no nos contentemos con saludar su venida y presencia por medio de cordiales testimonios de veneración y amor; que esto no fuera comulgar. Comulgar es aplicar los labios de nuestra alma á la carne bendita, que á sí propia se nos entrega, al modo que tierno niño aplica sus ávidos labios al pecho de su madre; comulgar es extraer de la santa humanidad del Salvador, cual de fecunda mama, el sagrado alimento que ha de nutrir nuestra vida sobrenatural; comulgar es trabajar en lo más recóndito de nuestro ser por asimilarnos la vida divina, real y substancialmente encerrada en la Eucaristía.

¡Asimilarnos la vida de Jesús! ¿Será posible? Sin ninguna clase de duda, hermanos míos, toda vez que el mismo Jesucristo nos ha dicho: «Yo soy pan de vida; quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él; quien me comiere vivirá por mí, ó de mi propia vida.» Pero entonces, ¿hemos de creer que el pan de los ángeles pasa por iguales modificaciones que las que sufren los bajos alimentos por nuestra carne asimilados? En modo alguno, hermanos míos. La asimilación sobrenatural consiguiente á la nutrición eucarística verificase, por decirlo así, en sentido inverso de la asimilación natural; debido cabalmente á la ley que preside á las transformaciones. La transformación se hace de una substancia inferior en otra superior. Y de ahí el que nuestro cuerpo más noble, activo y vivaz que las diversas materias de que se sustenta, las obligue á perder primero la subsistencia, á entrar á componer sus elementos después, y, por último, á perder la forma que les es característica. «Lo que poco ha era pan, una vez que yo lo he digerido, deja de serlo, para convertirse en mi carne y sangre.» Pues bien, hermanos míos, en virtud de esa misma ley, y con las salvedades indispensables en favor de vuestra alma, que no puede ser descompuesta ó aniquilada en su transformación sobrenatural, no el alma, sino el alimento eucarístico, naturaleza superior y más perfecta, realiza la asimilación. Nosotros no dejamos de existir; moramos en Cristo y Cristo mora en nosotros; pero quien vive en nosotros y á nosotros da vida, es Cristo. Escuchad las bellísimas palabras que á San Agustín parecía oír salidas del sagrario á raíz de su conversión: *Cibus sum grandium, cresco et manducabis me.* «Manjar soy de robustos, crece y me recibirás. Y no me cambiarás á mí en ti, cual harías con una comida corporal, sino que tú te cambiarás en mí.» *Nec tu mutaberis in me sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me.* Habéis oído, hermanos míos; Cristo, pan de vida, nos cambia en sí mismo. En el acto vital de la comunión, en el instante mismo en que comemos su carne sacramental, nos toma, nos penetra, se apodera de nuestra vida, la dirige en pos de su santa vida conforma nuestras tendencias y costumbres con sus costumbres y tendencias, y obra el gran prodigio que el Apóstol pregonaba extasiado, en estos sentidos términos: «Vivo yo, ó más bien, no vivo yo, sino que vive Cristo en mí.» *Vivo ego, jam non ego vivit vero in me Christus.*

Me preguntaréis ahora, ¿porqué un acto tan honroso, tan dulce, tan eficaz como el acto de la comunión es un acto transitorio que no dura sino algunos momentos? Os respondo, que sin duda de ningún género «el vivificante Verbo comunicó á su carne la propiedad de vivificar á su vez;» y así ésta puede prolongar indefinidamente sus di-

vinas efusiones en toda alma que la posea; pero á condición de que se la posea. Ahora bien; su presencia está ligada á la de las especies sacramentales, bajo las que se oculta; y estas especies desaparecen ¡ay! bien pronto á causa de la ciega elaboración de nuestros órganos, los cuales para nada se acuerdan de las necesidades y piadosa avidez de nuestras almas. Apresurémonos, por ende, á absorber vida, porque tras breves minutos, Jesús habrá desaparecido.

Pero entonces, ¿cómo dice San Pablo que Cristo vive en él, y sobre todo, cómo explicar las palabras del Salvador que promete á los comulgantes morar en ellos y que vivirán con la vida de él? *¿Qui manducat me vivet propter me?* Tras el fugaz comercio de su carne con el alma que se ha misteriosamente desprendido, ¿deja á ésta en su despedida una prenda que la haga acreedora á todas las gracias indispensables para alimentarse sobrenaturalmente; y por esa prenda, como por arcaduz invisible, continúan descendiendo de la humanidad del Salvador á su esposa, las efusiones de vida iniciadas en la comunión? ¿Queda el Verbo divino prendido, por especial favor, á la dichosa alma que se ha nutrido con su carne que ha desaparecido? ¿O deberemos creer con el meliflúo San Buenaventura, que al beber la sangre del Salvador bebemos su alma santísima, la cual, infinitamente más poderosa que los ángeles á quienes es dado visitarlos con frecuencia, permanece unida á la nuestra comunicándole sus pensamientos, sus inclinaciones, sus deseos, sus anhelos, su conformidad con las necesidades y exigencias de nuestra vida sobrenatural? Escoged la explicación que más os agrade, hermanos míos, con tal que creáis firmemente en las promesas de Jesucristo, y os persuadáis de que la comunión nos estrecha con El más íntima y vivamente que cualquier otro sacramento. Las flores, al pasar por una habitación, y el incienso, al ser quemado en las iglesias, dejan en pos de sí el ambiente embalsamado, bien así como aun después de haber desaparecido el sol del horizonte, conserva la tierra su calor vivificante. Aun cuando no quedase, pues, en nuestras almas otra cosa que el perfume y el calor de Cristo luego de la comunión, nos quedaría de sobra para poder exclamar regocijados: *Mihi vivere Christus est.* Cristo es mi vida. *Amén.*

LA EUCARISTÍA Y SUS ADMIRABLES EFECTOS

POR LA VIDA DIVINA EN NUESTRAS ALMAS

Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.

Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí.

(S. PABLO Á LOS GALATAS, II, 20.)

Verdaderamente, hermanos míos, se siente el hombre desfallecer, al pretender explicar el acto vital de la comunión eucarística ó sea aquella vida sobrenatural que nos comunica este alimento divino, el pan eucarístico. ¡Qué cosa más sublime! Nuestra vida sobrenatural exige un alimento divino, el cual no es otro que el mismo Cristo en el sacramento de su cuerpo y sangre, y, por consiguiente, Cristo, manjar divino, es quien nos transforma y vive en nosotros.

Pero sube de punto nuestro asombro al considerar los maravillosos efectos causados por esta vida divina de Cristo en nuestras almas. Santo Tomás los resumió admirablemente en estas sencillísimas palabras: «Cuantos efectos produce el alimento material en nuestros cuerpos, produce, ni más ni menos, Cristo, manjar divino, en nuestras almas, á saber: las repara, las sustenta, conserva, acrece y deleita.»

Partiendo, hermanos míos, de las ideas que os acabo de indicar, podemos estudiar la vida que nos comunica la Eucaristía, bajo dos aspectos; en sus relaciones con el mundo inferior, enemigo declarado de nuestro ser divino, y en sus relaciones con el mundo superior, acicate que sin cesar nos estimula á consumir nuestra perfección final y suprema. Bajo el primer aspecto es una fuerza que rechaza constantemente las invasiones de la muerte, siempre en acecho, para destruirnos; bajo el segundo, es un vigoroso y frutivo impulso de nuestro ser divino hacia la unión suprema que la ha de perfeccionar y beatificar eternamente.

Detengámonos algunos momentos en el desarrollo de tan sublime y consoladora doctrina. *Ave María.*

La condición misma de nuestra existencia terrena nos obliga á rechazar incesantemente los asaltos é invasiones de la muerte; combate sin tregua y sin cuartel es la vida del hombre sobre la tierra. Por dentro y por fuera multiplica nuestro enemigo encarnizado arremetidas y mandobles. Bien se resiente de ellos nuestro misero cuerpo; y siempre amenazando ruina, se hace indispensable repararlo y sostenerlo de continuo; tanto, que un sabio fisiólogo se creyó facultado para definir la vida, diciendo: que es «el conjunto de funciones que resisten á la muerte.» Esta lucha por la existencia no está circunscrita á nuestra naturaleza física; también nuestra alma, vivificada por la gracia, vese amenazada, atacada, malparada ni más ni menos que nuestro cuerpo. Harto sabemos, hermanos míos, por experiencia propia, la triste necesidad de pelear; ocasión, no lo niego, de gloriosísimas victorias, pero también, y las más veces, ¡ay! de vergonzosísimas derrotas. Sucumbimos en la refriega y la muerte desaloja de su posición á la vida; esa muerte triunfante se llama el pecado. No se ordena la Eucaristía directamente á devolvernos la vida extinguida por el pecado, que el sustento tan sólo á los vivos aprovecha; y aun que se llenase de él á la boca de un cadáver, no por eso se conseguiría el reanimarlo. Aunque también es verdad que no empeoraría de condición, mientras que un pecador comiendo indignamente la carne del Salvador, trágase su propio juicio y condena. Mas, si el alma pecadora torna á vivir, merced al sacramento de la resurrección, como realmente lo es la Eucaristía y se acerca á comulgar, encuentra en el pan divino una fuerza reparatriz y medicinal bastante á restablecer el perdido equilibrio de sus potencias y á robustecerla para nuevas luchas.

«El pecado, dice un autor alemán, cuyo nombre ignoro, cuando se le da cabida en el alma, descentraliza en cierto modo las facultades, perturba sus operaciones y causa anomalías y trastornos análogos á los que ofrece un organismo descompuesto.» Así se explica el que, después de la reviviscencia espiritual, adolezca todavía el alma de la perturbación de que ha sido víctima, y que sus desorientadas facultades suspiren por su centro vital. A él las encamina con fuerte dulzura y dulce fortaleza el gran principio vital que la comunión introduce en nuestras almas. El atrae hacia sí toda nuestra vitalidad, restablece el orden en nuestro desarreglado organismo, le anima al contacto misterioso de su carne inmolada y le vuelve á poner en condiciones normales.

A este primer trabajo de reparación general consiguiese otro de reparación parcial que apuntala todas las agrietadas partes de nues-

tra alma. Porque aunque el pecado no consiga derribar siempre todas las almas; ninguna, sin embargo, deja de resentirse más ó menos de sus ciertos golpes; ninguna deja de sentir continuas pérdidas, de gracia y energía. La vida divina consumiríase por completo á causa de estas pérdidas, y arrastraríamos fatalmente nuestra debilidad á una mortal catástrofe si no fuera misericordiosamente confortada con periódicas restauraciones. Pero á la manera que la comida material restaura las pérdidas del calor natural que la vida diariamente consume, así el pan eucarístico restaura las pérdidas del divino fuego de la caridad que amortiguan nuestras cotidianas ligeras faltas. «Este pan cotidiano, son palabras de San Ambrosio, tómate para remedio de nuestras cotidianas enfermedades.» *Iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidianae infirmitatis.* ¿Cómo podría el amor viviente unirse á nosotros sin excitarnos á vigorosos actos, que subsanasen los desfallecimientos de nuestro amor?

Reparar los daños del pecado, prueba ostensiva de nuestra debilidad y miseria, no es cegar las fuentes de donde proceden nuestros deterioros en la vida espiritual. Las pasiones fermentan en nuestra naturaleza decaída, y el enemigo de nuestra salud no sólo las pone á contribución para perdersnos, sino que echa leña al fuego fomentando su levadura. He ahí los principios á cual más deletéreos contra los cuales necesita estar siempre en guardia nuestra vida, y hasta ser, para domeñarlos, poderosamente confortada. Si el hambre nos obliga á languidecer, «el pan, al decir del Salmista, corrobora nuestras fuerzas. *Panis cor hominis confirmet.*» Y bien nutrido el hombre, entregase con más ardor á la lucha y al trabajo. Ahora bien, hermanos míos, ¿qué pan entranará más vigor y esfuerzo que la carne de un Dios? ¿Qué vida más eficaz para sostenernos y reanimarnos en los peligros de la tentación que la vida de Jesús, en quien todo protesta contra las debilidades á que nos inclinan nuestros depravados sentidos hondamente excitados por el maligno espíritu que maquina y desea á todo trance nuestra perdición?

Prendados en demasia de nosotros mismos, y admirando con excesiva complacencia los dones de que Dios nos ha colmado, ¿nos sentimos tentados alguna vez á olvidar su origen en el culto insensato que á nuestra excelencia rendimos? Jesús-Eucaristía pesa sobre nuestra alma orgullosa con todo el peso de sus prodigiosos abatimientos. Ha ocultado tan profundamente su majestad, se ha ahicicado en tanto grado para darse á nosotros, que es imposible de toda imposibilidad no complacerle ocultando á los ojos del mundo, ocultándonos á nosotros mismos cuanto de bueno y excelente poseamos; humillándonos con El, anonadándonos en El á fin de no vivir más que para El.

¿Sentimonos apegados á los bienes y honores mundanos, preocupados por demás en adquirir cuantiosas riquezas, ó extensa nombradía pagados del aura popular? Jesús-Eucaristía nos amonesta que todos esos bienes huecos y ficticios parécense al maná de un desierto en que se ha de morir en breve. *Patres vestri, manducaverunt manna et mortui sunt*; al paso que El es «el pan descendido de la patria de los verdaderos y sólidos bienes y de la no mentida gloria; del cual pan quien comiere vivirá feliz y dichoso por eternidad de eternidades: *Hic est panis de coelo descendens, ut si quis ex ipso manducet vivet in aeternum.*» É impregnándonos de su virtud, endereza nuestros deseos y fija nuestras esperanzas en el imperecedero maná, que en El hay, como que lo gustamos de antemano.

¿Sentimonos cautivos por la frágil belleza de las criaturas, y pronto á derramar nuestro corazón en peligrosos amos? Jesús-Eucaristía ¡ay! ¡cuán amable y tierno es! Su presencia en nuestras almas parece una prolongada caricia, y su dulce voz nos dice: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus.* Nuestro alucinado corazón ve entonces desvanecidas cual humo sus ilusiones, y vuelto hacia el verdadero y digno objeto de sus amores, exclama: «¿Cómo no volver amor por amor á quien tanto me ama! *Sic nos amantem quis non redamet.*»

¿Sentimonos atormentados por las concupiscencias de la carne, ese terrible enemigo de nuestra vida espiritual, siempre dispuesto á animalizar el espíritu y á revolcarlo por el cieno? Jesús-Eucaristía nos da á beber en las dulces llagas de su martirizada carne el vino que engendra vírgenes. Cuerpo virgen el suyo, amasado en las purísimas entrañas de una Virgen, imprime tan hondo en nosotros el respeto á su pureza, que arranca á nuestra alma medrosa estas pias exclamaciones: ¡Oh templo, oh santuario, oh tabernáculo de una vida tan pura y santa! ¡Y habrías tú de enlodarte con los más asquerosos y abominables pecados! «Purifícase los que recibis el cuerpo de Cristo, vaso sagrado de su divinidad. *Mandamini qui fertis vasa Domini.*»

Así fortificados con el pan eucarístico contra las causas intrínsecas de nuestros desfallecimientos, podemos aguardar sin temor al enemigo extrínseco; que sus cómplices silenciosos no osarán obedecerle y ejecutar sus torpes designios. La sola presencia en nuestras almas de la divina víctima, cuya muerte derrocó su infernal imperio, hasta para abatir su audacia y dejar burlado su diabólico poderío. No estamos gimiendo entonces, no, bajo la tiranía de sus crueles caprichos, cual corderos inofensivos de que él triunfa con facilidad;

antes, como dice San Crisóstomo: «salimos de la comunión como leones, que respiran fuego divino, y á cuya mirada espantadora huye amedrentado el diablo.»

Dado, hermanos míos, que el acto vital de la comunión se limitase á los efectos de reparación y confortamiento de que acabo de hablaros, variase ya suficientemente cumplidas las palabras: «Tomad y comed», empleadas por Jesús al instituir la; y nosotros deberíamos darle gracias cordialísimas con el Salmista por habernos preparado una mesa donde remediar nuestras miserias y cobrar esfuerzo contra nuestros enemigos: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.*

Pero la espléndida vida de nuestro Dios ¿había de ser menos eficaz que las vulgares é ínfimas substancias cuya asimilación nos acrece y deleita sobre repararnos y confortarnos? Oigamos á nuestro Angélico Maestro: «La Eucaristía aumenta en nosotros la gracia y la vida espiritual, con la mira de hacer al hombre enteramente perfecto en su unión con Dios... Y no se ciñe á infundirnos únicamente hábitos de gracia y virtud; sino que nos inclina á obrar, según aquellas palabras del Apóstol: «La caridad de Cristo nos urge: *Charitas Christi urget nos.*» Ved sino lo que pasa todos los días en la naturaleza con el poder del radioso astro cuyo vivificante calor baña y penetra cuanto existe. Las plantas reciben la vida de su germen, y sus fibras y moléculas de la savia; mas ¡cuánto no se aviva esta savia excitada por un rayo de sol! ¡Cómo hierve, con qué rapidez circula, cuán pronto hace que se abran los botones, que se extiendan las hojas y que se esponjen las flores! ¡Qué cambios de día en día, y hasta de hora en hora, y sobre todo, qué ondas de perfume exhala! ¡Cuán poco parece todo ello, sin embargo, comparado con los prodigios obrados en las almas de los comulgantes al divino calor del sol eterno! El irradia en el centro mismo de nuestra vida espiritual. Apoderase allí de los santos hábitos y sublimes virtudes con que nos han enriquecido otros sacramentos; enciéndelos, avívalos, perfecciónalos. Germinad, creced, floreced, fructificad, plantas divinas: el amor de Cristo os urge. *Charitas Christi urget vos.*

Que un alma tiene fe: Jesús-Eucaristía le abre los ojos sobre los misterios ante los cuales prosternaba humillosa su razón, y aunque no llega á comprenderlos todavía, los ve tan clara y distintamente, que á ellos con todo su corazón se aficiona. Y no es raro oír en tales casos á hombres pobres, rudos, ignorantes é iliteratos y hasta á mujeres del pueblo cantar, rivalizando con los ángeles, magníficos cánticos, estupor de los más profundos teólogos por su hondo sentido místico y su pasmosa y sencilla sublimidad.

Que un alma suspira por el cielo; Jesús-Eucaristía le da á gustar un como dejo ó trasunto de los deleites celestiales, y ya tenéis á esa alma dispuesta á abandonarlo y sacrificarlo todo á trueque de asegurar la posesión de tan subidos bienes. «Escucha, hija mía, dícela el Dios que dentro de sí posee, y mira y préstame atento oído; quiero que olvides tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey de reyes codicia tu hermosura.» Y suben en ella de punto los anhelos de pertenecer de día en día más á Dios; y á proporción de las veces que Dios se da á ella en este sacramento, crece en la misma la impaciencia de estrecharse con su amado, hasta que llega á exclamar: «Ansio morir para estar con Cristo. *Cupio dissolvi et esse cum Christo.*»

Que un alma se resigna con su cruz; Jesús-Eucaristía la hace amar eso mismo que la crucifica. En la callada y misteriosa soledad de la comunión, refiérela cuanto ha padecido en el mundo, y la inefable gloria con que Dios ha coronado tales padecimientos; y embriágala con el dulzor de su palabra y con la virtud de su sangre. ¡Oh mundanos que gemis bajo el peso de los sufrimientos, id á buscar enhorabuena con más generosas instancias distracciones y consuelos que adormezcan vuestras inquietas almas! Esclavos de la materia, andando por ese camino dais en la más degradante de las humillaciones. El cristiano renuncia á ser embriagado y esclavizado por otra cosa que no sea el cáliz divino que le torna placenteras las más horribles torturas.

Después de recibir en sus pechos el Dios-Hostia era cuando los mártires desafiaban y sufrían impávidos los suplicios y la muerte. «Y así hostias agradables á Dios ofrecían ellos en los tormentos por el heroísmo que cobraban en la mesa del Señor. *Hoc fecerunt beati martyres; talia enim Deo exhibuerunt qualia de mensa Domini perciperunt.*» ¿Adónde no me llevaría, hermanos míos, el querer aplicar á todas las particularidades de nuestra vida espiritual estas sencillas palabras del Doctor Angélico: La Eucaristía nos mueve á obrar: *Per hoc sacramentum excitatur in actum*: Oiríamos á la caridad de Cristo decir á todas las virtudes, á la prudencia, á la justicia, á la fortaleza, á la templanza, al desprendimiento, á la mortificación, á la castidad: ¡Adelante, adelante! Veríamos con San Bernardo, cómo el hombre «vuélvese más dócil á la corrección, más paciente en los trabajos, más cauto para huir el mal, más inclinado á obedecer, más devoto en la acción de gracias y más abrasado en el amor. El ardor del amor, he ahí sobre todo el gran efecto de la comunión. Haciendo al hombre más amador lo hace más perfecto; y el hombre anhela ser más perfecto para poder amar más y más.

El amor le acrece, el amor le deleita; porque los íntimos abrazamientos con su Dios son prenda y como anticipado gustar de la bienandanza, cuya posesión constituirá su felicidad eterna.

Es muy posible, cristianos, que en vuestras raras y tardías comuniones, no hayáis experimentado todos estos deleites; mas no por eso ha dejado de haber y hay por dicha en la actualidad cristianos ferrosos, que dan al olvido el mundo al acercarse á la Eucaristía, volviendo transfigurados de la sagrada mesa. La profundidad de su recogimiento, y la paz de todo su porte hablan más elocuentemente que todos los deliquios de sus almas; y al verlos, pareceme leer en su faz estas palabras del Salmista: «¡Cuán precioso es, Señor, el cáliz que me embriaga. *Calix meus inebrians quam proclarus est.* Reparación, confortamiento, perfeccionamiento, deleite, todas estas ventajas saca el alma del vital acto de la comunión. ¿Y no tocará nada al cuerpo, que transmite al alma ese pan de vida? Y deberá por igual modo que las frágiles especies de se oculta la carne inmortal de Cristo, decir á su compañera saturada de vida divina: «Mi substancia es como una nonada ante la tuya. *Substantia mea tanquam nihilum ante te?* ¡Pobre cuerpo, su suerte está fallada, fuerza es que perezca! Sus médicos han venido á concluir tras largas experiencias que huerto alguno del mundo producía yerbas ó preservativos contra la muerte.

¿Será esto cierto, hermanos míos? Yo tengo para mí que los médicos se engañan; sé de un huerto,—la Iglesia de Cristo,—en cual huerto hay una santa montaña,—el altar,—la cual montaña lleva un remedio para no morir, un contra-veneno de la muerte, un germen de vida, una planta incorruptible abierta en el seno de una virgen, la carne sacratísima del Salvador. Ciertamente que Jesús se une inmediatamente al alma; con ésta es con quien se desposa en la comunión; pero sin separarla del compañero, del instrumento, del complemento de su vida. Al nutrirla con su substancia, infúndele vitalidad tanta, que de ella se desborda y redundando en todas las partes que ésta anima, haciéndolas aptas hasta cierto punto para la resurrección. Y el mismo Jesucristo lleva su amor hasta el extremo de considerar á nuestro cuerpo como suyo en atención al beneficio que nos presta y le presta, sirviendo como de canal que le permite llegar hasta el centro de nuestra vida; creyéndose por ende obligado más que por ningún otro sacramento á darle parte de su gloria corporal. Tal es la doctrina consignada por cuantos Padres de la Iglesia han tratado de esta materia. «Cristo, dicen ellos, se da á nuestros miembros y á todo nuestro ser. Su carne alimenta nuestra carne y su cuerpo hace subsistir á nuestro cuerpo. Únese al cuerpo de los fieles por medio de su carne,

á fin de que el hombre, incorporándose á lo inmortal, participe de la incorrupción. A la manera que se oculta un carbón bajo ceniza para conservar una semilla de fuego, así Jesucristo, Señor nuestro, oculta en nosotros la vida bajo su propia carne depositando en ella un germen de inmortalidad, anulador de toda clase de corrupción.» No quiere decir esto, hermanos míos, que Dios haya abrogado la indeclinable ley que nos condena á todos, sin excepción alguna, á morir, sino que nos ha empeñado su palabra de librarnos de la muerte. «El que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo.» Sí, los que no hayan recibido la Eucaristia vivirán y resucitarán también, lo confieso; mas no á la superabundancia de vida, no á los esplendores sin rival de los cuerpos gloriosos, que lucirán en la patria los comulgantes del destierro; con lo cual, la comunión de la eternidad rebosará aún más de goces, de delicias y de gloria: *Ut vitam habeant et abundantius habeant. Amén.*

PLÁTICAS EUCARÍSTICAS PREPARATORIAS

Quasi flos rosarum in diebus vernis.
Soy como la flor de rosa en la primavera.

[ECCLE. c. 50, v. 8.]

Esta es la ocasión, amados hermanos míos, en que el celestial Esposo, mirando por entre las celosías de los cándidos accidentes que le ocultan en este adorable Sacramento, os convida, como á la Esposa de los Cantares, á gozar sus dulces y cariñosos abrazos. ¡Oh amiga mía, dice al alma fiel, amiga mía por la caridad que derramé en ti para que me amaras; paloma mía por la sencillez que te aconsejé para que me buscaras á mi solo; hermosa mía por la imagen que imprimi en ti para que me imitaras: levántate del amor de las cosas terrenas, del sueño de la tibieza; acércate al Esposo, á tu Maestro, á tu Señor; ven como hija al Padre, como esposa al esposo, como discípula al

maestro, como sierva al señor, como enferma al médico, como sedienta á la fuente de aguas vivas, como hambrienta al pan del cielo! He aquí aquel Esposo que te visitó por ministerio de los ángeles, que se acercó á ti por las promesas hechas á los Patriarcas, que te anunció la aceleración de su venida por los vaticinios de los Profetas, que se te presentó en carne mortal, que acudió á tus necesidades con repetidos milagros, que te habló por sus Apóstoles: cubierto hoy con el velo de los accidentes de pan y vino, te convida á esta celestial mesa que te preparó su divina sabiduría. *En dilectum loquitur: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

No te me excuses con el hielo de tu flojedad y con el lodo de tus carnales deseos: después que pasaste por el fuego de la contrición y por las saludables aguas de la penitencia, no rehuses el refrigerio que te ofrece mi amor. Ya se pasó el invierno de los frios afectos, cesaron ya las importunas lluvias de la tribulación que anega á los que obran la iniquidad: *Hiems transit, imber abiit et recessit.* Las semillas de virtud que mis ministros arrojaron en el místico campo de tu corazón, empiezan ya á brotar, y prometen con las flores de sus deseos unos abundantes frutos de justicia y santidad: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Levántate y ven á este jardín ameno de la Sagrada Eucaristia: en él hallarás aquella flor divina que debe ser el modelo de las que tú has de producir. Jesucristo en este adorable Sacramento nos está diciendo: Yo soy la flor del campo y la azucena de los valles: Yo soy la flor de rosas en los días de la primavera. *Quasi flos rosarum in diebus vernis.* Le veréis aquí cercado de espinas, y percibiréis el olor suave que exhala. Mirad á este verdadero Salomón en el estado á que lo redujo la Sinagoga su madre. El se nos presenta en estado de inmolación, en estado de víctima, en estado de muerte; renueva con una oblación incruenta el sacrificio sangriento de la cruz. Mirad ese cuerpo cubierto de heridas profundas y dolorosas; esa cabeza coronada de espinas, inclinada hacia vosotros, que parece os pide que la sostengáis; esos ojos que se mueven y van á cerrarse á todas las cosas del mundo; esa boca bañada en hiel y vinagre que no se abre sino para pronunciar pocas palabras; esos pies que no pueden moverse; esas manos taladradas que extiende á un pueblo incrédulo y rebelado contra él: ved ahí las espinas que rodean la divina flor que brotó de la raíz de Jesé.

Pero entraos en los agujeros de la mística piedra: como amantes palomas, penetrad las llagas de ese cuerpo que el Salvador presenta de continuo á su eterno Padre; cada una de ellas expresa su cariño,